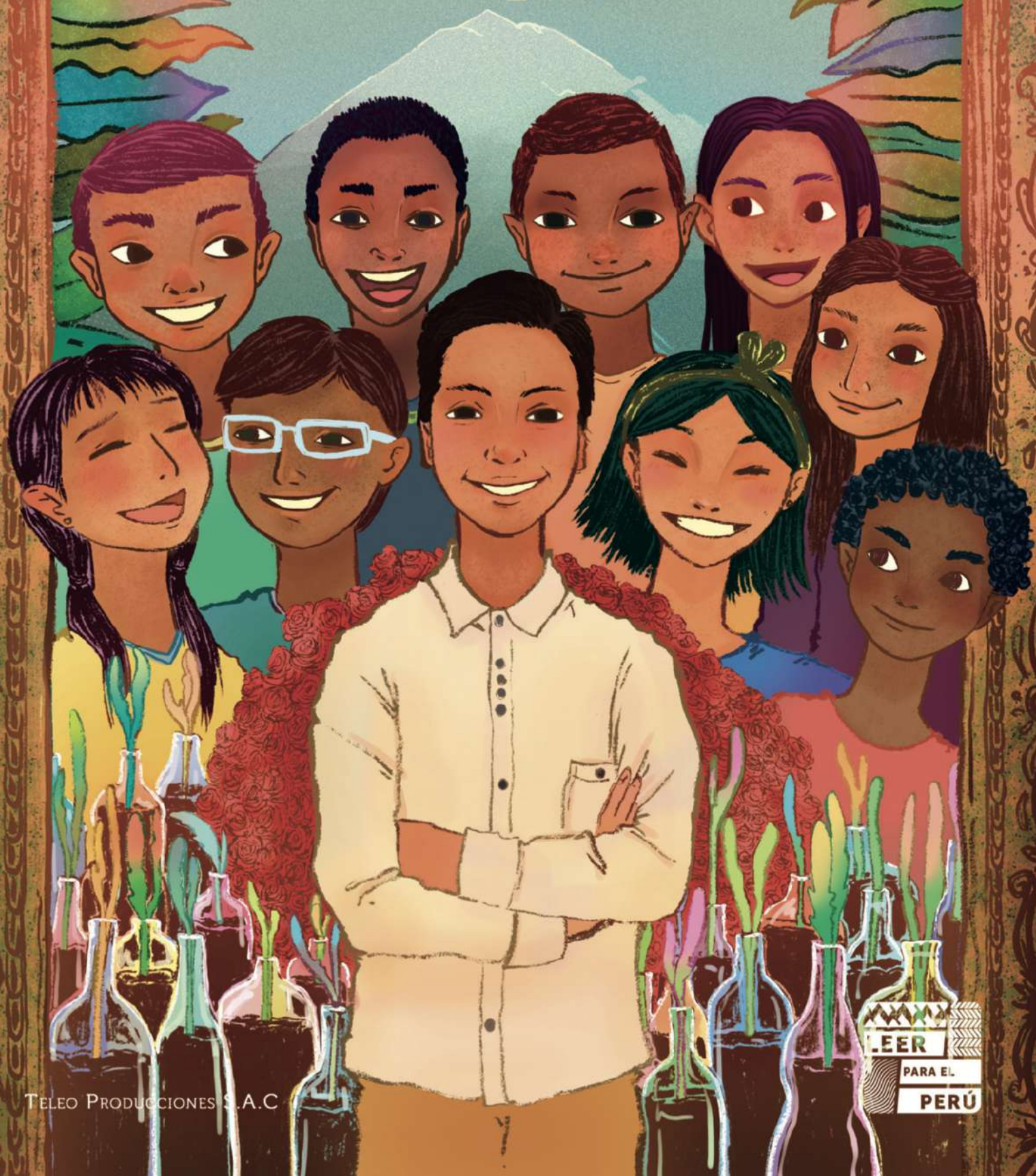


JOSÉ ADOLFO QUISOCALA

el héroe de Bartselana



José Adolfo Quisocala

El héroe de Bartselana

© 2019 Teleo Producciones S.A.C

Teleo Producciones S.A.C

Colección: LEER PARA EL PERÚ

Dirección y diseño de la colección: Teresa Boullon Zegarra

Coordinación de la colección: Paiche Films

Escritura, corrección y revisión:

Carlos Fuller Maúrtua

Omar Mejía Yóplac

Portada e Ilustraciones: Dominique Millán

Asistente de Ilustración: Ronaldo Pareja Huamán

Asistente de Ilustración: Mayte Cáceres

Diagramación: Dominique Millán

Asistente de Diagramación: Mayte Cáceres

Editado por: Teleo Producciones S.A.C

Jirón 2 de mayo 237, Barranco

Teléfono: (+51) 01-3057036

RUC: 20545588057

Primera Edición - Abril 2019

Tiraje: 6,000 ejemplares.

Impreso en el mes de abril del 2019 por:

Punto y Grafía S.A.C

Dirección Legal: Cal. Los Rosales Mza. B1 Lote. 5

Urbanización: La capitana de Huachipa

Lurigancho, Lima, Perú.

www.puntoygrafia.com.pe



Hecho el Depósito Legal en
la Biblioteca Nacional del Perú
ISBN: 978-612-47974-4-6

ÍNDICE



1	Un héroe como yo.....	Pag. 8
2	Un corazón ambientalista.....	Pag. 12
3	La tarjeta esquivia.....	Pag. 14
4	El niño alcalde.....	Pag. 18
5	Un banco increíble.....	Pag. 22
6	Ningún obstáculo es tan grande.....	Pag. 26
7	La mitad de la vida.....	Pag. 30
8	Cambiar a uno, cambiar a todos.....	Pag. 34
9	Viajes y premios.....	Pag. 38
10	Un banco que crece.....	Pag. 42



*Estos libros se han hecho en honor a los más de
2 millones de niñas y niños peruanos que aún no
tienen acceso a libros y bibliotecas escolares.*



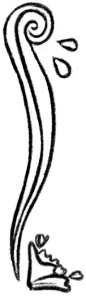


Un héroe no tiene edad

Luego de conocer las historias de cuatro héroes peruanos, Ema se comienza a preguntar si acaso existe alguna niña o niño de su edad que también esté generando un cambio positivo en su entorno.

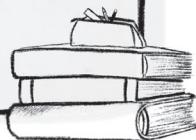
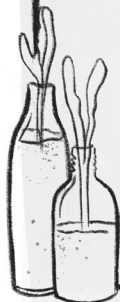


Este quinto libro, nos presenta a José Adolfo Quisocala quien, a los siete años, fundó el Banco del Estudiante Bartselana, un proyecto que fomenta el reciclaje entre los niños y jóvenes con el objetivo de que generen su propio dinero y salven el planeta.





Capítulo Uno





Un héroe que como yo



Gracias al proyecto “*Buscando al estudiante héroe*”, mis compañeros y yo hemos podido escuchar historias realmente inspiradoras. Estos hombres y mujeres extraordinarios —“héroes”, como los llama mi profesora— han visitado nuestro colegio para contarnos sus experiencias y todo lo que tuvieron que hacer para que sus proyectos, que generan cambios positivos en su ciudad y en su país, lleguen a ser reconocidos por la comunidad. Sus relatos tuvieron un gran impacto entre mis amigos: se los veía con una actitud muy positiva. Todos estaban seguros de que, más adelante, cuando fueran grandes, ellos mismos podrían generar un cambio positivo en su propio entorno. Pero yo no estaba conforme: tenía una pregunta que no me podía sacar de la cabeza. ¿Qué pasaba si yo quería cambiar el mundo de una vez?

La respuesta a mi pregunta apareció una mañana de lunes, cuando mi profesora llegó al salón acompañada de José Adolfo Quisocala. Él era un chico de catorce años (¡solo tenía dos más que yo!) que había tenido una idea innovadora cuando estaba en primer grado de primaria. “*A José Adolfo lo llaman: El Niño Banquero*”, nos dijo la profesora, cuando lo presentó. Nosotros pensábamos que se trataba de alguna broma. Nos parecía imposible que un





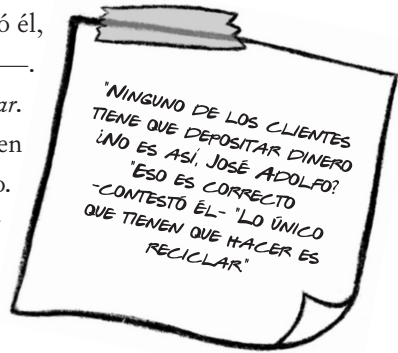
niño que tenía casi nuestra edad trabajara en un banco. Pero no había ningún truco. La profesora nos confirmó que José Adolfo sí trabajaba en un banco. Y no solo eso, él mismo lo había creado. Dijo que era un banco para los niños.

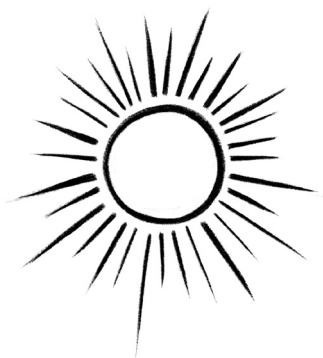
Mientras mi profesora hablaba, José Adolfo estaba parado junto a la pizarra. Tenía el pelo un poco largo pero bien peinado, y llevaba las manos cruzadas a la altura de la barriga. Mi profesora continuó con su explicación. Dijo que el suyo era un banco fuera de lo común.

—*Ninguno de los clientes tiene que depositar dinero*—dijo ella—. *¿No es así, José Adolfo?*

—*Eso es correcto*—contestó él, con una voz muy dulce y tranquila—. *Lo único que tienen que hacer es reciclar.*

Yo no entendía cómo alguien de mi edad pudiera tener un banco. Que, además, fuera para niños y que, encima, los hiciera reciclar. José Adolfo recién iba a comenzar a relatar su historia, pero yo ya tenía mil preguntas en la cabeza.







Capítulo Dos





Un corazón ambientalista

Como le ocurrió a muchos de los héroes que hemos conocido, la historia de José Adolfo comenzó en su casa, con su familia. Él no vive en Lima, sino en Arequipa, una ciudad al sur del Perú a la que todo el mundo llama “*La Ciudad Blanca*”. Yo pensé que le decían así por lo limpia que era, se me ocurrió que él había tenido algo que ver con ello, pero luego me enteré que no. La llamaban así por un tipo de roca muy blanca que se encuentra en la zona. En esa ciudad blanca, José Adolfo comenzó a interesarse por la limpieza y el cuidado del medio ambiente. La gran responsable de ello fue su abuelita. Cuando se quedaba con ella, él la veía barrer y ordenar la casa incansablemente; también la miraba regar su jardín y las macetas. Lo que más le llamaba la atención era que, a veces, podía escuchar cómo su abuelita le hablaba a las plantas. Se acercaba a una flor y le decía “*qué linda que has crecido*”, o le comentaba sobre el calor que hacía, mientras cortaba sus hojas resecas.

—*Abuelita, ¿por qué le hablas a las plantas?* —le preguntó José Adolfo, un día.

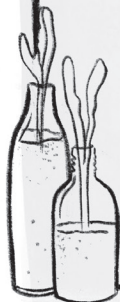
—*Porque ellas también sienten, hijito* —respondió—. *Ellas también son importantes y hay que cuidarlas.*

“*Creo que yo tenía cinco años cuando tuve esa conversación*”, nos contó José Adolfo. Fue entonces que nació su interés por el medio ambiente, empezó a investigar, y así descubrió el mundo del reciclaje.





Capítulo Tres





La tarjeta esquiva



Hasta ese momento del relato, la historia de José Adolfo no parecía muy distinta a la mía o la de mis compañeros. En mi casa, mi papá también cuida las plantas que tenemos en las macetas y, a veces, lo escucho silbar una canción mientras las riega. Mi mamá, por su parte, me enseñó a botar por separado los desechos de plástico y los de metal. Muchos de mis amigos, también, aprendieron en el colegio y en sus propias casas sobre la importancia de la limpieza y el cuidado del medio ambiente. Sin embargo, había algo distinto en el caso de José Adolfo. Porque, desde muy chiquito, él tenía intereses muy particulares. Y, hay que decirlo, ¡bastante raro para un niño!

—*A cierta edad, muchos chicos quieren un celular o algún aparato tecnológico. Yo no. Entre los seis y siete años, lo que yo más quería era una tarjeta.*

—*¿Qué tipo de tarjeta?* —dijo mi amiga Rocío, quitándome la pregunta de la boca.

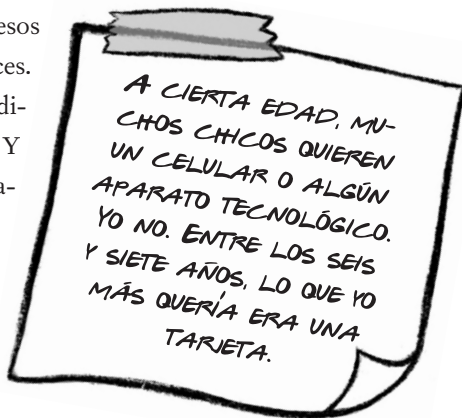
—*Una tarjeta de banco* —respondió José Adolfo, sonriendo.

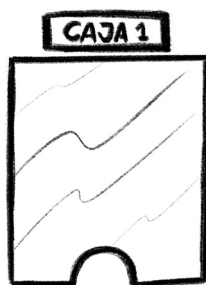
Él había visto que sus papás usaban una tarjeta para guardar y sacar dinero. José Adolfo, como todos nosotros, a veces tenía ganas de ser un poquito adulto, y les preguntó a ellos si podían darle una tarjeta. Sorprendentemente, le dijeron que sí. Acompañado por sus padres, el pequeño José Adolfo se paseaba por ventanillas



y escritorios, preguntando si podía tener su propia tarjeta, una a la que solo él pudiese tener acceso. Él acababa de salir de inicial, y muchos de los trabajadores se sorprendían al ver a un niño entrar y salir del banco, como un cliente más. En muchos establecimientos le dijeron que no era posible darle una tarjeta debido a su corta edad, que recién podría hacerlo cuando tuviera dieciocho años. En otros, le dijeron que podían darle una tarjeta, pero que los únicos que podían sacar dinero eran sus padres. José Adolfo no quería eso: quería una que tuviera su nombre y de la que él fuera dueño.

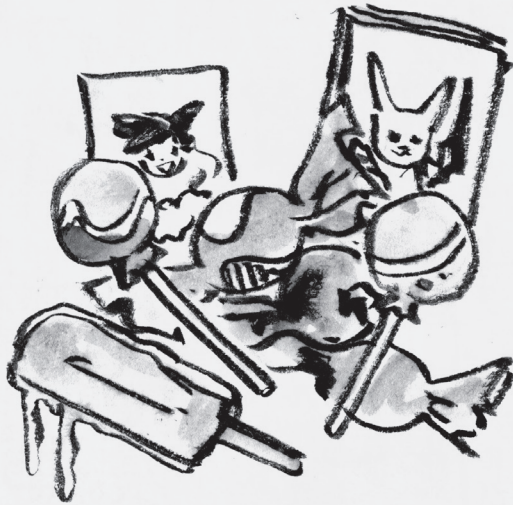
Él no recuerda exactamente qué pasaba por su cabeza en esos días, era muy chiquito entonces. Pero sí recuerda que estaba decidido a conseguir su propia tarjeta. Y si ningún banco se la daba, él crearía su propio banco.







Capítulo Cuatro



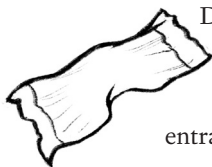


El niño alcalde



A veces, las buenas ideas nacen de momentos que uno no puede controlar. En muchos casos, aparecen casi por un error, propio o ajeno. A José Adolfo le ocurrió algo así. Como estudiante de colegio, él podía controlar muchas cosas: podía tener sus cuadernos organizados, su cartuchera ordenada, su uniforme limpio y sus tareas al día. Todo eso estaba dentro de su alcance. Pero había algo que no dependía de él: que su papá lo recogiera a tiempo cuando acababan las clases.

Durante esas largas esperas, José Adolfo tuvo la oportunidad de prestarle atención a muchas cosas que sus demás compañeros dejaban pasar por alto. Por ejemplo, veía que, a la salida, muchos niños se gastaban su dinero en dulces, muñecos y figuritas de álbumes. Las envolturas de todas esas cosas, luego, terminaban en el suelo de la calle y del colegio. Él veía cómo las señoras de limpieza recogían lo que los alumnos habían tirado. *“A veces, yo las ayudaba a barrer”,* nos contó, *“porque me daba vergüenza que mi colegio quedara así de cochino”.*



Durante aquellas tardes, José Adolfo se quedaba cerca del patio o de la puerta de salida. Cuando hacía mucho calor o si se hacía muy tarde, él entraba a la oficina del director de su colegio y, mientras esperaba, le contaba las cosas que veía. El director se

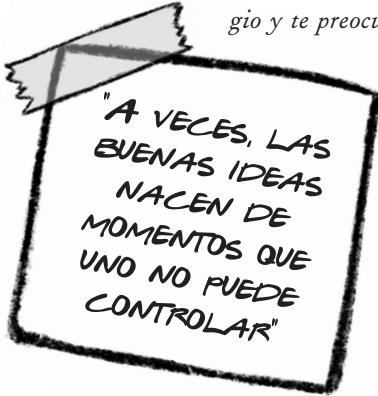


quedaba sorprendido: esperaba que un niño de esa edad le hablara sobre sus clases o sobre juegos. José Adolfo, en cambio, criticaba el desorden y la suciedad que reinaban a la hora de salida. Lo decía en serio, con preocupación. Un día, el director le propuso hacer algo que cambiaría su vida escolar.

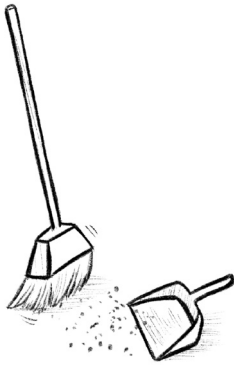
—¿Por qué no te presentas a la alcaldía del colegio?

—Pero recién estoy en primer grado —le contestó José Adolfo, sorprendido.

—Sí, pero sabes muchas cosas del colegio y te preocupas en serio —le dijo el director.

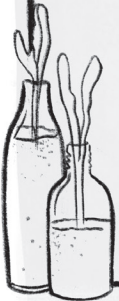


Tenía razón. ¿Por qué no hacerlo? José Adolfo se presentó, compitió con alumnos de cuarto y quinto de primaria, y ganó. Los cambios que él quería ver en su escuela estaban cada vez más cerca.





Capítulo Cinco





Un banco increíble



Hay una característica muy marcada en la personalidad de José Adolfo, se nota por cómo habla y por la manera en que responde a nuestras preguntas: siempre piensa en los demás. Es algo que lo ha acompañado desde siempre. Cuando se convirtió en alcalde de su colegio, lo primero que sintió fue que tenía encima una gran responsabilidad. *“Mis papás me enseñaron que recibir una responsabilidad, por más pequeña que sea, siempre es importante”*, nos dijo. Antes de que él ocupara el cargo, la mayoría de alcaldes había tenido una función protocolar. Es decir, estaban presentes en eventos importantes como el Día de la Madre o el Día del Maestro, pero el resto del año no hacían casi nada. *“Yo sí tenía la ilusión de que mi colegio pudiera crecer, y que mis compañeros, también. Así que intenté identificar los problemas que ellos tenían. Luego, busqué alguna forma de ayudarlos”*, nos contó.

Los chicos de su colegio sufrían varias dificultades. Algunos futbolistas, por ejemplo, eran muy talentosos, pero no tenían el dinero para comprar zapatillas, así que dejaban el deporte. Otros eran muy buenos en música, pero tampoco tenían dinero para comprar instrumentos. Entonces se le ocurrió que aquella tarjeta que tanto quería de niño podía convertirse en la solución a los problemas de sus compañeros. En una



de las primeras reuniones que tuvo como alcalde, José Adolfo lanzó una propuesta arriesgada: ¿por qué no crear un banco para los niños?

“Muchos de mis regidores y profesores se rieron”, nos contó José Adolfo. *“Y los entiendo. ¿Quién iba a imaginar que un niño de primer grado podía crear un banco y ser el gerente? Era una idea muy loca”.*

En este punto, sus ganas de tener una tarjeta propia dejaron de ser tan importantes. Como ahora era alcalde, su nueva prioridad eran los estudiantes. *“En realidad, mi intención no era emprender o hacer un banco”,* nos contó. *“Lo que yo quería era ayudar a mis compañeros. Y cuando se me ocurrió la idea del banco, pensé: ‘¿por qué no?’”.*

El suyo no iba a ser un banco como los demás. Su idea era que los estudiantes aprendieran dos cuestiones fundamentales: reciclaje y ahorro. Ellos no tenían que depositar dinero, sino residuos sólidos, como papel o plástico. En una segunda etapa, José Adolfo llevaría esos desechos a una planta recicladora que le pagaría por el peso y la cantidad. Ese dinero, luego, iría a parar a la cuenta del alumno, el único que podría retirarla. A pesar de las risas iniciales que recibió, el proyecto fue aceptado. Su idea recibió el apoyo del director y de los alumnos que habían sido elegidos como regidores. Estos últimos estaban *“casi obligados a apoyarme”*, nos contó José Adolfo, entre risas.

Ahora que su proyecto tenía luz verde, el siguiente paso consistía en explicarle la propuesta a todo el colegio. Lo iba a hacer el día de su presentación como alcalde.







Capítulo Seis

Benjamin

ADRIANO

Rihanna

TANIA

SEBASTIAN

EDDY

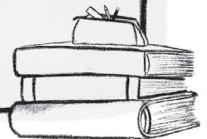
LUCA


Alexandra

Nicole


↓ Adolfo

BARTSELANA





Ningún obstáculo es tan grande



Si José Adolfo tuvo problemas para sacar una tarjeta, imaginen lo que le esperaba ahora que quería abrir su propio banco. Lo más complicado, como siempre, era convencer a los adultos. Ellos no creían que un niño de siete años pudiera manejar un proyecto como ese y que lo hiciera bien.

—*¿Hubo gente que no confió en ti?* —le pregunté a José Adolfo, desde mi asiento.

—*Sí, incluso entre mi propia familia* —respondió—. *Algunos pensaban que estaba perdiendo el tiempo.*

—*Si tus propios familiares no confiaban en tu idea, seguramente, los demás niños tampoco* —insistí.

—*Así es* —continuó José Adolfo—. *Como se trataba de un emprendimiento, de algo nuevo, muchos niños y padres tenían miedo. ¡Más aún si un niño era el que lo administraba!*

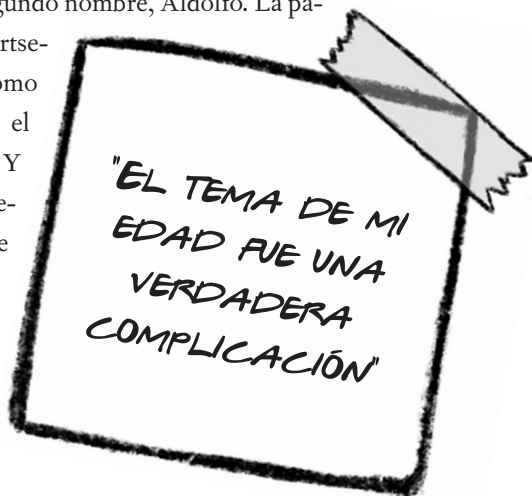
Ellos no fueron los únicos que desconfiaron. Más adelante, cuando José Adolfo visitó varios bancos en busca de apoyo y alianzas, muchos de los trabajadores no creían lo que estaban viendo. “*¡Estoy hablando con un niño!*”, seguramente pensaban. José Adolfo intuía que muchos de ellos se sentían desprestigiados cuando conversaban con él. “*El tema de mi edad fue una verdadera complicación*”, nos dijo.

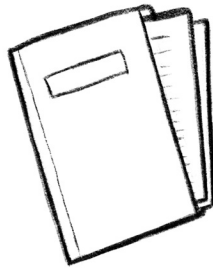
Pero hubo gente que sí confió en él desde el inicio, además



de su director y de sus regidores. Poco después de haber iniciado el proyecto, una profesora del colegio se reunió con el papá de José Adolfo y le pidió que lo ayudara con los trámites del banco. Este apoyo fue fundamental para que pudiera conseguir a sus primeros clientes.

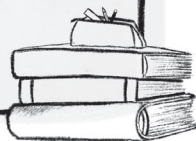
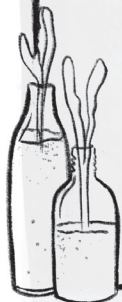
Cuando José Adolfo tuvo que elegir un nombre para su banco, eligió las letras iniciales de los nombres de los niños que sí confiaron en él, en orden. Estos fueron: Benjamín, Adriano, Rihana, Tania, Sebastián, Eddy, Luca, Alexandra, Nicole. La última letra vino de su propio segundo nombre, Adolfo. La palabra que resultó fue “Bartselana”. Sonaba un poco como Barcelona, el equipo en el que juega Lionel Messi. Y él, como buen capitán, quería tener siempre presente a los miembros más fieles de su equipo.







Capítulo Siete





La mitad de la vida



Mientras nos contaba su historia, José Adolfo se veía siempre calmado; no parece ser el tipo de persona que pierda la paciencia o que se exalte. Yo, por mi parte, no me podía imaginar cómo hizo para guardar la compostura ante los obstáculos de los que nos contaba. No me podía imaginar cómo logró liderar un banco y, además, estudiar y hacer sus tareas.

Un par de días después de su visita a mi colegio, le escribí un email (mi profesora tuvo el gesto de darme su dirección de correo). En ese mensaje, le pregunté si alguna vez pensó en renunciar, si en algún momento sintió que era muy difícil y que no quería seguir haciéndolo. Un par de horas después recibí su respuesta. Me contestó que sí. Que muchas veces pensó en dejar el proyecto de lado. Sobre todo al inicio, porque era muy difícil llevar la vida normal de un niño. Me escribió lo siguiente:

“Yo tenía que ir a clases como todo el mundo y, durante los recreos, me dedicaba al banco. Después de llevar los residuos a la planta, volvía a casa, almorzaba y, de inmediato, me iba a mis clases de taekwondo. Luego, regresaba a casa y hacía mis tareas hasta muy tarde; y, al día siguiente, tenía que levantarme temprano para ir de nuevo al colegio. Era muy agotador sí, pero más grande era la recompensa”.

Cuando leí esto, me quedé sin palabras. A mí misma, muchas veces, me cuesta mucho hacer las tareas; él hacía eso y muchas

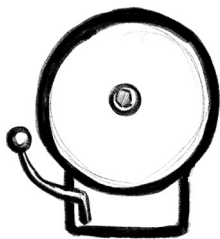


cosas más. Y, además, según mis cálculos, él era mucho menor que yo entonces. De hecho, ahora mismo, con catorce años, su agenda tiene muchas actividades. Tiene reuniones, entrevistas, charlas y demás obligaciones que, muchas veces, no le permiten almorzar a sus horas. Eso, me explicó, le ha producido algunos problemas estomacales. “¿Y por qué no dejas el proyecto?” le preguntaba su padre, a veces. Pero él no quiere hacerlo.

“Empecé esto a los siete años, ahora tengo catorce. Es casi la mitad de mi vida. Y aunque parece mucho tiempo, me siento muy feliz de poder ayudar a más estudiantes en otras ciudades como Cusco, Lima, Tacna, Moquegua. Cuando mi proyecto llegue a una gran cantidad de niños, una cantidad realmente impresionante, entonces diré “lo logré”, y recién podré dedicarme a otros proyectos. Porque tengo muchas ideas en mente.”

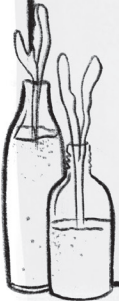


Al final del correo, José Adolfo me contó que su banco, que ahora se llama Banco del Estudiante Bartselana, cerró su primer año con veinte afiliados y ahora tiene más de tres mil. Lo que me sorprendió fue que José Adolfo pensara que esa cifra no era suficiente. Él aspiraba a mucho más.





Capítulo Ocho





Cambiar a uno, cambiar a todos

Gracias al éxito del Banco del Estudiante Bartselana, José Adolfo comenzó a recibir invitaciones de diferentes entidades para que contara su experiencia. Para hacerlas bien, él mismo comenzó a asistir a varias charlas y presentaciones de emprendedores que él admiraba. *“Así comencé a tratar con otros expositores; ellos me contaban sus historias, me daban consejos, y eso me motivaba a seguir”*, nos contó José Adolfo. Sin embargo, las historias que más lo marcaron fueron las de los clientes de su banco, los niños.

Al inicio del proyecto, un niño le contó que quería ser futbolista, pero no tenía zapatillas especiales para este deporte. Las necesitaba para jugar mejor, más cómodo, y, de paso, evitar las bur-las de sus compañeros. Él empezó a llevar los residuos sólidos de su casa y de la casa de su abuelita. Con el dinero que recibió a cambio, pudo comprar sus zapatillas.

José Adolfo también recuerda la historia que le contó una niña que también tuvo una cuenta en el Banco del Estudiante Bartselana. Ella había diseñado unas cajas especiales para separar la basura de su casa y, así, recolectar residuos sólidos. A su mamá le encantó la idea, pero su papá pensaba que estaba perdiendo el tiempo. Un día, el señor revisó la cuenta que su hija había





abierto en el banco y se dio cuenta que había casi treinta soles. Después de eso, la niña comenzó a recibir más papel que de costumbre. Tras una corta investigación, descubrió que era su padre quien la ayudaba.

—Papá, ¿de dónde sacas tanto papel? —le preguntó la niña.

—Es el que usamos en el trabajo. También hay un poco de la casa de tu abuela.

—Gracias por ayudarme, papá.

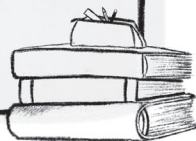
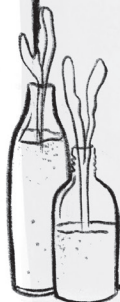
—Perdóname, hija, me he equivocado —le dijo el señor—. Veo que sí estás generando ingresos.

Desde entonces, el padre ayuda a su hija llevando los residuos sólidos en su auto. Cuando José Adolfo recuerda historias como esta, se da cuenta del impacto que genera su banco. Eso lo motiva a continuar con su proyecto.





Capítulo Nueve





Viajes y premios



Los primeros héroes que conocí fueron los de Disney. La primera vez que supe de Hércules, el semidiós griego, fue gracias a la película de dibujos animados que hizo esta compañía. Lo mismo me ocurrió con Mulan, la valiente mujer china que se unió a un ejército de puros hombres. Dentro de muy poco, la historia de José Adolfo será como alguna de ellas. A mediados de 2018, un equipo de trabajadores de Disney lo visitó en Arequipa, con cámaras y micrófonos. La entrevista que le hicieron formará parte del programa “*Estos niños que cambian el mundo*”, donde se contará su historia y la de otros chicos con proyectos increíbles.

José Adolfo se pone muy contento cuando habla sobre esto. Uno creería que, a estas alturas, él estaría acostumbrado a la fama, pero la verdad es que se emociona cada vez que recibe algún premio o reconocimiento. “*El primero que recibí me lo dieron acá, en Arequipa: el premio al mejor municipio escolar*”, nos contó. Su primer reconocimiento internacional se lo dieron en Turquía, en 2013, cuando quedó finalista de un evento de inclusión financiera para niños y jóvenes. Un año después, en Estados Unidos, recibió un premio similar de la UNICEF, una organización que se preocupa por el bienestar de la infancia alrededor del mundo, y de CYFI New York, un grupo que fomenta el aprendizaje de finanzas entre



niños y jóvenes.

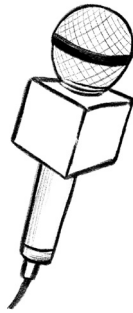
Hoy, José Adolfo no es el único que maneja el Banco del Estudiante Bartselana. Ahora tiene empleados que atienden a los clientes y asesores que lo acompañan a las reuniones para buscar alianzas. También tiene un equipo que lo ayuda a administrar una bodega ecológica en la que los niños pueden pedir microcréditos —pequeñas sumas de dinero— a cambio de residuos sólidos. De esta manera, pueden comprar alimentos o útiles escolares, y pagarlos semanas o meses después. *“Así evitamos que los niños dejen de comer o estudiar por falta de dinero”*, nos explicó.

—La profesora nos contó que, hace poco, ganaste un premio importante en Suecia— dijo Carlos, uno de mis compañeros de salón.

—Así es— respondió—. *En 2018 estuve en Estocolmo, la capital de ese país, para recibir el Children’s Climate Prize.*

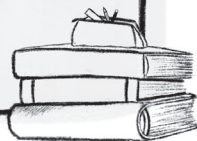
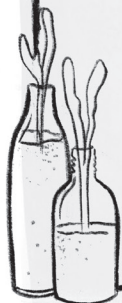
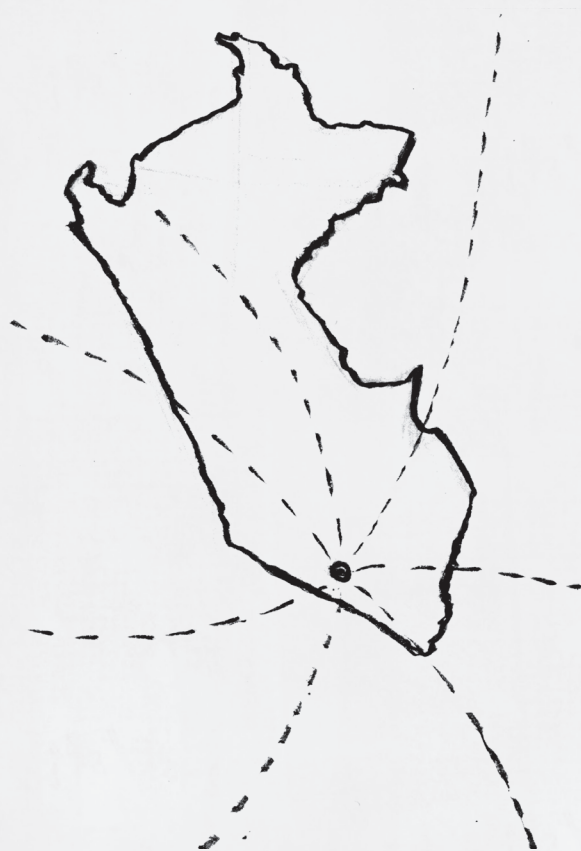
Según nos contó, la premiación ocurrió en el mismo lugar donde se entrega el premio Nobel. Es decir, ocho años antes, el escritor peruano Mario Vargas Llosa estuvo en ese mismo lugar. Durante la ceremonia, José Adolfo conversó con algunas personas del jurado y, una de ellas, le dijo algo que se le quedó grabado en la cabeza: *“cuando tengas treinta y ocho años, te va a tocar a ti llevarte un premio Nobel”*.







Capítulo Diez





Un banco que crece



Debido a ese último premio que recibió en Suecia, José Adolfo tuvo que dar más entrevistas que nunca. Lo buscaron radios, periódicos, páginas web y canales de televisión. Él se tomó el trabajo de hablar con todos. *“Es muy importante el papel de los medios de prensa y la difusión que ellos puedan hacer del emprendimiento”*, nos dijo José Adolfo. *“Así, las personas se enteran del Banco del Estudiante Bartselana y se animan a conocerlo”*. Algunas veces, cuando su avión recién aterriza en un aeropuerto, él tiene que ir inmediatamente a un canal de televisión para dar una entrevista. Pero a él no le molesta este ajetreo. De hecho, es la parte que más le gusta de su proyecto.

José Adolfo es un poco mayor que yo, él está a punto de acabar el colegio. Me dio curiosidad saber si ya sabía qué quería estudiar en la universidad y le hice la pregunta. *“Actualmente, estoy pensando en la carrera de Economía, porque es lo que más se alinea con lo que estoy haciendo”*, respondió. Luego me explicó que su papá siempre le dejó claro que esa es una decisión que solo puede tomar él mismo. *“Si me provoca ser arquitecto, el día de mañana me dedicaré a eso”*, agregó, con una sonrisa.

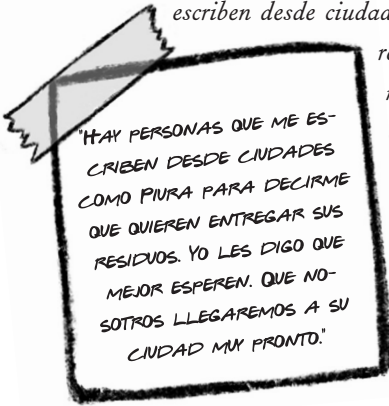
En varias entrevistas, José Adolfo dice que le gustaría ser ministro e, incluso, Presidente del Perú. Pero yo no creo que se vaya a despegar de su banco en el futuro próximo. Se lo ve muy



apasionado por su proyecto. Cada vez que le entregan un premio y le preguntan qué hará con el dinero que recibe, él dice lo mismo: que quiere expandir el banco y hacerlo crecer.

—¿A qué lugares quieres llegar, José Adolfo? —le pregunté yo, levantando la mano.

—A todos lados —me contestó—. Hay personas que me escriben desde ciudades como Piura para decirme que quieren entregar sus residuos. Yo les digo que mejor esperen. Que nosotros llegaremos a su ciudad muy pronto.



"HAY PERSONAS QUE ME ESCRIBEN DESDE CIUDADES COMO PIURA PARA DECIRME QUE QUIEREN ENTREGAR SUS RESIDUOS. YO LES DIGO QUE MEJOR ESPEREN. QUE NOSOTROS LLEGAREMOS A SU CIUDAD MUY PRONTO."

Yo realmente creo que uno puede llegar a donde sus sueños lo lleven, solo debemos ser persistentes y, sobre todo, creer en nosotros mismos.



¿Por qué hemos realizado esta campaña?

Porque hace 8 años nacimos con el sueño de generar acceso a la lectura a un millón de peruanos y, aunque nos dijeron que era imposible, gracias a la alianza con distintas organizaciones nacionales e internacionales y diversas personas, este año lo hemos conseguido y queremos celebrarlo contigo.

Estos libros son un regalo para ti y para todas las niñas y niños que vimos juntando sus propinas para comprarse libros en los quioscos.

Para todos los padres de familia que no tienen dinero para comprarle libros a sus hijos.

Para todos los profesores que necesitan libros para su Plan Lector y para los más de 20 millones de peruanos que compran libros, porque no tienen acceso a bibliotecas públicas y gratuitas.

UN MILLÓN DE NIÑOS LECTORES es una empresa social que construye bibliotecas escolares en escuelas de escasos recursos a nivel nacional, para ejercer el derecho a leer de todos los niños y niñas del Perú.

Ahora tú puedes ser parte de este movimiento comprando los libros de la colección LEER PARA EL PERÚ.

Entérate más de nosotros en:
www.millondeninoslectores.org

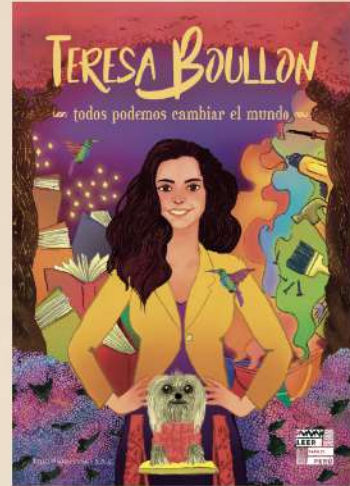
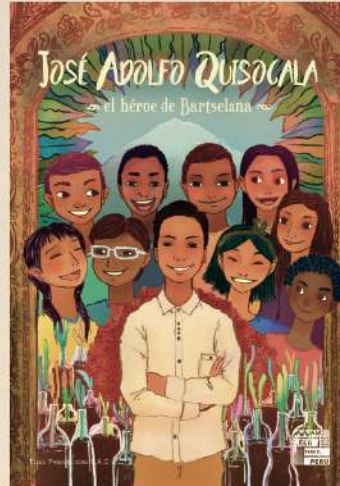
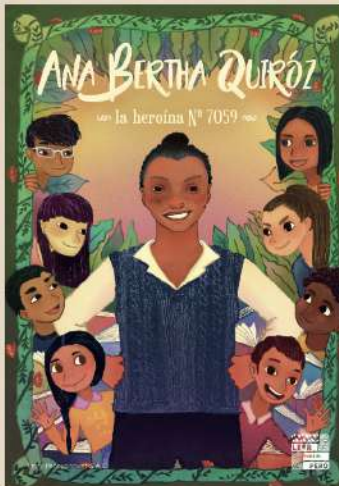


Síguenos en:
<https://www.facebook.com/MILLONDENINOSLECTORES/bibliotecas@millondeninoslectores.org>
(+51)01-305 70 3

¿Te gustó esta historia?

Recuerda que tú también puedes ser un héroe, solo tienes que seguir comprando y leyendo los libros de la colección **Leer Para El Perú**. ¡A más libros vendidos más cerca estaremos de ayudar a más personas!

¡Colecciona todos los libros!



Conoce más de nosotros aquí:

www.millondeninoslectores.org